

Chloé Esposito

loca
mala
perigrosa



Alvina Knightly: Indomable. Inestable. Inolvidable.

LOCA MALA PELIGROSA 2

 Planeta

CHLOÉ ESPOSITO

MALA

Traducción de Maia Figueroa Evans

Título original: *Bad*

© Chloé J. Esposito, 2017

© por la traducción, Maia Figuroa Evans, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19670-9

Depósito legal: B. 22.684-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

Hay algo que debes saber antes de continuar: la semana pasada fue una locura. Aunque, en realidad, llamarlo así es quedarse muy corto. Eché los mejores polvos de mi vida. Descubrí mi afición a las pistolas. Ahora todo el mundo cree que soy mi hermana gemela (porque se murió, y yo me quedé con su vida). Varias personas expiraron.

No creo que sea de extrañar, porque tampoco soy una puta santa. Pero hasta la semana pasada yo no era una asesina; era como tú. Claro que había cometido algún delito como robar en tiendas, provocar incendios y cometer fraudes. Pero, aparte de eso, hacía lo mismo que los demás: me aguantaba y bebía. Trabajaba en el sector de los anuncios clasificados, tenía alquilado un apartamento en el barrio de Archway de Londres, no había matado a nadie (aunque ya se me había pasado por la cabeza) y no tenía nada que ver con la mafia. La Interpol no me buscaba. Pero en tan sólo unos cuantos días pueden cambiar muchas cosas, y supongo que esta de ahora es la nueva yo.

Todavía me da vueltas la cabeza. No sé por dónde empezar. Debería hacerlo por el principio, pero lo que no logro olvidar es el final, cuando Nino me rompió el corazón.

Todo empezó la semana pasada con un accidente.

No fue culpa mía. De verdad que no. Hazme un favor y no me juzgues.

La razón por la que fui a Sicilia es mi hermana. Beth estaba tan desesperada por que la visitara que hasta me pagó el billete. Me engatusó con champán gratis y la promesa del buen tiempo. Normalmente no habría ido, pues sé mejor que nadie que, en el mejor de los casos, pasar el rato con la puta coñona de mi hermana gemela es una tortura. Pero acababan de despedirme por ver porno, y los gilipollas de mis compañeros me habían echado de casa: o iba a Sicilia, o acababa viviendo entre cartones en la calle. Así que me fie de ella por idiota y allí fui.

Mala idea.

Cuando llegué a su chalet de Taormina, resultó que el lugar era magnífico. A niveles de *Condé Nast Traveler*. Una choza para mandar al mundo a tomar por el culo. Jardines del siglo XVI, estatuas de mármol, fuentes, flores. Y la piscina... ni te la imaginas. Pues claro que me dio mucha envidia. ¿No te la daría a ti?

Aparte de eso, estaba Ernesto, el bebé de Beth. El niño que tuvo con Ambrogio. Deberías haberlo visto: se parecía a mí. Podría haber sido mío. De hecho, debería haberlo sido. «Ma, ma, ma —me decía—. Ma, ma, ma.»

Fue más de lo que pude soportar.

Me puse verde de envidia.

Y entonces Beth me contó por qué me había invitado a su casa. No es que me echase de menos. Ja, ja, ja. Claro que no. Me pidió que nos intercambiásemos la ropa para que ella pudiera salir una noche sin que Ambrogio se enterase. Me di cuenta de que ahí pasaba algo raro y, aunque jamás debería haber accedido, me sobornó con unas sandalias do-

radas de Prada. ¿Qué querías que hiciese? Esperé y esperé vestida con la ropa de Beth hasta casi medianoche. Cuando por fin regresó, tuvimos una discusión horrorosa.

Estábamos al borde de la piscina y, no sé cómo (ni idea, la verdad), resbaló.

Se abrió la cabeza en las baldosas y desapareció bajo la superficie del agua.

Burbujas

y luego

nada.

Ya lo sé.

Sé lo que piensas.

Que debería haber saltado al agua para salvarla.

Pero no sabes cuánto he sufrido.

Así que la dejé morir y le robé la vida.

Le robé los vestidos. El hijo. Le robé el puto marido. Me quedé con sus millones y con su chalet. De todos modos, todo eso debería haber sido mío. Y Ambrogio no se enteró de nada (al menos, al principio).

Fue mejor que cuando te toca la lotería.

Mis mejores sueños se habían hecho realidad.

Sin embargo, resultó que Ambrogio pertenecía a la mafia y tenía amigos muy peculiares. Sus socios Domenico y Nino son sicarios de la Cosa Nostra. Nos ayudaron a enterrar el cadáver de mi hermana en un agujero en un bosque cercano.

Todo parecía de color de rosa.

Todo el mundo creía que el fiambre era yo.

Pero lo que mi hermana pretendía al hacerse pasar por mí era zafarse de la mafia. No quería que su querido hijito acabara con una bala en la cabeza. Quería dejar a Ambro-

gio y escaparse con Salvatore, su amante. El par de tortolitos planeaba asesinarme y abandonar la isla para siempre, porque Beth creía que sólo si había un cadáver (el mío) podría marcharse sin que fuesen a por ella. Pues vaya. Cabrona. De mierda. Menuda víbora. Sin embargo, a última hora, Salvatore se negó a ayudarla a matarme.

Alvie uno, Beth cero.

En toda la cara.

Pero entonces me acosté con Ambrogio y, señoras y señores, tuve que fingir. Aquello fue como meter una ramita en el Eurotúnel. Decir que tenía una micropolla es tratar el tema con amabilidad. Ay, cuántos años he desperdiciado fantaseando con el hombre de mi hermana...

Enseguida se dio cuenta de que era yo.

Me persiguió por ahí a oscuras y tuve que correr como alma que lleva el diablo. Creí que me mataría, así que me adelanté: le aplasté la cabeza con una piedra.

Cuando Ambrogio murió, fui corriendo a casa de Salvatore. Le dije que había sido en defensa propia, cosa que no era del todo mentira, y Salvo, que pensaba que yo era Beth, me ayudó a deshacerme del cadáver. La última vez que lo vimos fue al borde de un acantilado. Hicimos que pareciese un suicidio.

Después me acosté con Salvatore. Cien kilos de músculo escultural: no pude evitarlo. Pero se dio cuenta de que me faltaba la cicatriz que Beth tenía en el vientre, de la cesárea.

Otra vez me habían pillado.

No me fiaba de que fuera a guardar el secreto. Había demasiadas cosas en juego. Así que fui a ver al socio de Ambrogio, Nino, y le dije que Salvatore había matado a su

jefe. Nino era sexi. Y leal. Me dijo que Ambrogio era como un hermano para él.

Y funcionó.

Asesinó a Salvatore, y luego me acosté con él también.

Seré sincera.

Ha sido el mejor humano con el que me he acostado (y han sido unos cuantos). De pronto, soñaba con convertirme en asesina a sueldo junto a Nino. Ser su compañera. Su futura esposa.

Creía haber encontrado a mi media naranja.

Urdimos un plan para trabajar juntos y ganar una fortuna. Decidimos vender un Caravaggio, un cuadro de valor incalculable que Ambrogio tenía en casa. El comprador era un cura muy chungo que trabajaba para la mafia siciliana, pero el cabrón nos dijo que el cuadro era falso y que no pensaba darnos el dinero.

Así que también me lo cargué.

Nos escapamos a Londres con el Lamborghini de Nino y dos millones de euros en una maleta.

Y no me alegra en absoluto tener que admitir que Nino fue un error.

Cuando llegamos al Ritz, se llevó el coche. Me robó la puta maleta.

Sé que tal vez no vuelva a verlo; pero, si lo logro, te prometo que se desatará el caos.

AYER

Domingo, 30 de agosto de 2015

Toscana, Italia

Contemplo la carretera por el parabrisas tintado de rosa. El asfalto titila con los espejismos: un río de mercurio líquido. Es como si estuviéramos navegando en lugar de ir en coche. El cielo es vasto y de un azul imposible, tan azul como los ojos de Damian Lewis o la primera equipación del equipo italiano de rugby. Jamás había visto cielos así, excepto en las películas. Los olivares, las colinas ondulan-tes y el despampanante paisaje toscano deslumbran como si fueran pintura al óleo recién sacada del tubo.

El cuero caliente del asiento se me pega a la piel y los pantalones cortos de Balenciaga apenas me cubren los labios. Una gota de sudor se me desliza por el pecho y serpentea entre mis pechos. Bebo un trago de prosecco caliente. Debe de hacer cuarenta grados.

—¿Quieres? —pregunto, y le ofrezco la botella a Nino.

Pero él responde que no con la cabeza.

—*Niente.*

Agarro bien el volante y me observo las uñas desportilladas. Necesito una manicura. La laca rosa empieza a pe-

larse y la sangre seca de las yemas ha adquirido un color oxidado muy feo. El pedazo de diamante del carajo que pertenecía a mi hermana me brilla en el dedo como una bomba en miniatura.

Mi querida Taylor suena en la radio. Es *Out of the Woods*, que me entusiasma. Subo el volumen y la canto. La línea del bajo es como follar. Me miro en el espejo retrovisor y veo lo bien que me quedan las Gucci de sol de Beth. Su ropa me sienta genial. Igual que su vida.

Nino me pasa un cigarrillo y suelto un suspiro de humo.

Circulamos tan rápido que no es como navegar, sino como volar a más de ciento ochenta. Me fijo en cómo tiembla la aguja del velocímetro, más deprisa, más deprisa. ESTO ES VIDA, JODER.

Hago sonar el claxon porque sí.

—Betta, basta ya, coño.

Betta, Betta. Siempre con la puta Betta.

Ya me estoy cansando de ser mi hermana, pero Nino cree que soy la esposa de su difunto jefe, y si le digo que soy la otra gemela, podría perderlo todo. Arriesgaría mi vida. Surgirían preguntas incómodas, como si yo tuve algo que ver con el asesinato de Ambrogio. Así que más me vale seguir siendo Betta, seguirle la corriente.

«Oh, qué marañas hemos de urdir cuando estamos aprendiendo a mentir.»

Soy una auténtica viuda negra.

Nos dirigimos hacia el norte de la Toscana, hacia los lagos y la frontera suiza. Atravesaremos la Provenza, Borgoña y Picardía hasta llegar, por fin, a Londres. Lejos de Taormina. Lejos de mi hermana. De la poli y de los numerosos cadáveres. De la culpa, el miedo, las noches sin dormir. Demasia-

dos. Muertos. Estiro los brazos hacia arriba. Me encanta la sensación de distensión en los hombros y en el cuello, las drogas corriéndome por las venas, ese resplandor agradable de la cabeza. El sabor de la coca me gotea poco a poco desde la nariz hasta la garganta. Le sonrío a Nino y me lamo los labios entumecidos. Todavía tengo en la boca el sabor del último beso: lengua salada, Marlboro Red. Huelo su loción para después del afeitado, su sudor me resulta muy sexi. Huelo el dinero que tenemos guardado en la maleta de cuero viejo del cura. Sólo de pensarlo me da un subidón. Y me pone a cien...

—¿Sabes lo ricos que somos?

—Dos millones de euros —contesta Nino.

Coge la maleta desgastada de Gucci y acaricia el cuero ajado.

—*Allora*, ¿cuánto nos durará?

—Podemos ganar más. Nino, cariño, somos inmortales. Somos un equipo fabuloso, ¿no crees?

Vamos dejando atrás a policías y a mafiosos; ante nosotros, un futuro brillante y atrevido. Alvie y Nino juntos para siempre, matando y follando y viceversa.

—Oye, ¿quieres que paremos? —propongo—. Me apetece un rato de diversión en la cuneta.

Él asiente con la cabeza.

Me meto por un camino y paro el motor.

Nino se baja y me abre la puerta. Me ofrece la mano. Rodeamos el coche hasta la parte de delante, y él me desnuda.

Me golpeo la mejilla con fuerza en el metal caliente del capó y me la chamusco. Tengo los pantalones cortos por los tobillos y las manos de Nino en las tetas. Dios, cómo me gusta mi novio mafioso. Sé que sólo hace una semana que lo conozco, pero es como si lo conociera desde siempre. Estiro

los brazos hacia delante y arañó la pintura brillante de color escarlata. Su cuerpo pesado hace presión sobre mi espalda desnuda y sudorosa, y noto los fuertes latidos de su corazón y el roce de su barba en el cuello. Tiene la piel ardiendo, al rojo vivo. Noto un sabor salado en la boca, un sabor sexual.

Él empuja, percute, empotra.

—Nino, Nino, Nino...

Ojalá él me llamase «Alvie».

Nos corremos a la vez. Lo veo todo rojo. Nuestros cuerpos dan sacudidas, espasmos. Durante una fracción de segundo no estamos aquí, sino en un universo diferente. No sé quién soy, pero Nino y yo somos uno. Los franceses lo llaman «*la petite mort*», la pequeña muerte o algo así. Como si me hubiera muerto un poco por dentro. Sin embargo, nunca me había sentido tan viva. ¿Qué coño sabrán ellos?

Regresamos a la tierra de golpe. A la realidad. Pero ¿sabes qué? Eso está muy bien. Ahora mismo me mola ser yo. Nino se retira y yo me enderezo medio mareada y con la cabeza dándome vueltas. Oigo el crujido de sus botas en la gravilla, lo oigo suspirar: «Betta». Me agacho a por los pantalones y me los subo por la piel pegajosa de las piernas. Me apoyo en el Lamborghini y lo miro mientras se enciende un piti.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —me pregunta.

—Esperándote —respondo.

Me roza el labio inferior con los dedos.

Lo miro a los ojos.

Todo esto... Todo esto parece un sueño. Me siento a salvo. Por primera vez en mi vida, me siento deseada. Estar aquí y ahora con él..., jamás me había sentido así. Casi es demasiado bueno para ser verdad.

1
HOY

Lunes, 31 de agosto de 2015
Hotel Ritz, Saint James, Londres

Aún oigo la voz de Beth: «Alvie, ¿qué haces vomitando en el lavamanos?».

Es porque estoy cagando en el váter.

«¿Las dos cosas a la vez?»

Sí, a la vez. Se llama intoxicación alcohólica y es muy emocionante. Deberías probarlo. Hija de puta...

Me pesan mucho los párpados, pero consigo abrirlos. Sólo una rendija. Un blanco reluciente de anuncio de detergente me deslumbra: la taza de porcelana. Los cierro de nuevo, porque me ha dolido. Apoyo la mejilla en el borde duro y frío, y espero a que acaben las arcadas. Soy una surfera clavando barriles en Hawái, me deslizo sobre las olas y choco con la espuma. Ay, no, no... Bueno, vamos allá, vamos de nuevo. Vomito las pocas reservas que me quedan de jugos gástricos una y otra vez.

ME LAS PAGARÁS, NINO. ES TODO CULPA TUYA.

Ginebra, vino, vodka martini, zanahorias (qué raro, si no comí zanahorias...). Mi respiración hace eco en el interior de la taza; la cabeza me palpita y me da vueltas.

*No pienso volver
a beber. Esta vez va
en serio. Yo qué sé.*

Mi primer haiku del día.

Genial, Alvie. No has perdido el toque. ¿A quién le importa si mis poemas no le gustan a nadie? Keats no triunfó en vida. Beth siempre me decía que estaba perdiendo el tiempo, pero no escribo para los críticos.

Al final resbalo y doy de bruces en el suelo. Las baldosas me reciben con un golpazo que suena a palmada en el lado de la cabeza.

¿De verdad acabo de caerme del váter?

Se me inunda la boca de la sangre que me brota de un corte en el labio. Estoy muerta, pero al menos no es literal; no he muerto comiendo hamburguesas en el zambullo como Elvis Presley. Tiemblo sobre las baldosas de color blanco y azul. Argh, ¿qué es ese olor? Oh, soy yo. Sudor mezclado con Pato WC o lejía con olor a brisa marina. Estoy desnuda, salvo por el collar de diamantes de Beth. Me arrastro en plan comando como un soldado de infantería hasta la alfombrilla de baño, que es peluda y mullida: mi isla desierta en una zona hostil. Estoy en un cuarto de baño *en suite* de aspecto elegante, enteramente de mármol y de cristal. Todo reluce. Todo está nuevo. Hay una bañera y una ducha separada en la que caben dos personas. Me tumbo boca arriba y la contemplo. Me gustaría entrar, pero no sé si lo conseguiría...

Se oye un siseo y un ambientador eléctrico de color blanco pulveriza el baño con magnolia sintética. Me llama la atención el televisor de pantalla panorámica del techo,

así que alcanzo el mando a distancia y lo enciendo. Me da la sensación de que debería mirar las noticias; es una sensación extraña en la boca del estómago que no tiene nada que ver con el alcohol. Llamémoslo una corazonada.

Una fotografía muy poco favorecedora de mí en la boda de Beth.

Subo el volumen al máximo.

«Esta mañana han descubierto el cadáver de una mujer en un bosque siciliano, cerca de Taormina. Se sospecha que podría ser Alvina Knightly, de veintiséis años de edad. Los informa nuestro corresponsal en Italia, Romeo d’Alba.»

*Joder, joder, joder, joder,
joder, joder, joder, joder, joder,
Joder. ESTO. ES. UN. PUTO. DESASTRE.*

A nivel técnico, eso sigue siendo un haiku. No es Shakespeare, pero es que tengo mucha resaca. No esperes que componga mi mejor obra en estas circunstancias.

El tabaco está junto al lavamanos, así que enciendo un Marlboro y le doy una calada. Creía que no darían con su cadáver; por lo menos no tan pronto. ¿Estoy jodida?

La cuestión es que no saben quién es.

Un hombre calvo con traje beige está rodeado de robles y castaños, y sostiene un micrófono justo por debajo de la papada. (¿Cómo narices ha conseguido trabajo en la tele? Parece una croqueta.) Agita una manita blanca y fofa para señalar el claro del bosque que tiene a su espalda. Un agujero rodeado de cinta policial, un montículo de tierra y una tonelada de ladrillos, montones de escombros, pedazos de hormigón: la tumba de mi hermana gemela.

«La propiedad carecía de permiso de obras y el edificio estaba sin acabar y mal construido, escondido en una zona apartada, en un bosque siciliano. Sin embargo, esta mañana un olor inusual ha alertado al pastor alemán de Antonia Ricci. *Signora Ricci*, por favor, cuéntenos qué ha ocurrido cuando ha sacado a *Lupo* de paseo.»

La cámara hace una panorámica que revela a una mujer al lado de Romeo. Antonia es menuda y lleva un chubasquero; su cabellera dorada forma un halo encrespado. Tiene el rostro alargado y la nariz aguileña. Diría que se parece un poco al perro. *Lupo* jadea entre sus piernas con la enorme lengua rosa colgando de un lado y goteando baba, y las orejas erguidas y apuntando hacia arriba. Romeo le pone el micrófono delante. Ella está como un puto flan.

«*Lupo...*, él huele. Ladra al edificio... enfadado. Yo intento tirarlo, llevar a otra parte, pero él *non si muove*. Es muy bueno perro.»

Lupo ladra.

«Calla, *Lupo*.»

Le da algo de comer.

«Entonces él cava y cava. Quería cazar algo debajo del edificio. Yo *pensavo* que era un *topolino*. Un...»

Arruga la nariz como si quisiera mover un bigote.

«¿Un ratón?»

«Un ratón, sí. Pero yo asustada. La casa era *strana*... Y entonces *ho* descubierto un pelo largo rubio aquí. Aquí, estaba aquí. —Señala el suelo—. He oído historias. Conozco. Conozco Cosa Nostra. Y he llamado a la policía.»

Romeo asiente y se hace de nuevo con el micrófono. Mira al perro de reojo, que le husmea la entrepierna.

«No, *basta* —ordena Antonia, y tira con fuerza de la cabeza de *Lupo*—. *Mi dispiace.*»

«La policía llegó a las siete y media de la mañana. Identificaron el lugar como típico de la infame mafia siciliana, la Cosa Nostra, y no les sorprendió encontrar un cadáver oculto en el hormigón de los cimientos.»

La cámara enfoca la zona boscosa. El perro levanta una pata trasera y hace pis en los escombros.

«¡*Lupo*, no!»

«El descubrimiento del cadáver de Alvina Knightly y de su supuesto asesinato ponen en duda el aparente suicidio de su cuñado, Ambrogio Caruso, de veintinueve años de edad, que falleció tres días antes. La policía está investigando pruebas que podrían confirmar que Ambrogio Caruso también fue asesinado. Romeo d'Alba, BBC News en directo desde Taormina.»

Genial.

Apago el televisor con el mando.

Tienen mi cadáver y el de Ambrogio. Es cuestión de tiempo. Buscarán a Beth, espero que sólo para interrogarla, para ver si ella puede aclararles algo. A ver, la hermana gemela de Beth y su marido la han diñado: ¿será ella la principal sospechosa? ¿Y si piensan que lo ha hecho Beth?

Beth... Dios mío, ésa soy yo.

A menos que... A menos que pueda volver a ser Alvie. Aunque oficialmente sea un fiambre. Ay, madre mía, qué lío más grande.

Me levanto como puedo y me aparto de la alfombrilla de baño. El agua de la cisterna suena como un tsunami. Me inclino sobre el lavamanos, abro el grifo de agua fría y me la echo en la cara. Me miro en el espejo: mala idea. Parezco

aquella que salió a rastras de un cementerio, Uma Thurman en *Kill Bill 2*. Tengo sangre en los labios, el rímel corrido y el pelo mojado, enmarañado, apelmazado y pegado a la cabeza. Tengo la piel gris. Soy Morticia Addams o una muerta viviente. Me recuerda al estado en el que me encontraba hace una semana en Archway.

Fenomenal.

Fabuloso, joder.

Volvemos a la casilla de salida. Sin dinero, sin trabajo, sin casa, sin novio. No hacía falta que me molestase en ir a Sicilia, porque he malgastado tiempo y fuerzas. Siete días de trabajo duro de cojones. Para empezar, ¿qué hacía yo en Taormina? Lo único que quería eran unas vacaciones, un poco de sol para ponerme morena. Pero Beth casi me suplicó que cogiera el avión y, la verdad, no tenía elección. Había tocado fondo por completo. En Londres no me quedaba nada más que un aluvión de deudas y mi adicción a la lotería de rascar, la amenaza constante de pillar herpes o cualquier ETS. Vivía en una fosa séptica infestada de alimañas, caldo de cultivo ideal para la sarna. Mientras tanto, la perfecta de mi hermana gemela se había casado con mi hombre y se había mudado al Burj al Arab.

¿Sabes qué? Esto ni siquiera es la casilla de salida: he dado un paso adelante y dos atrás. Ahora «Alvie Knightly» es pasto de gusanos, y la policía italiana se me va a echar encima. ¿Qué quieres que haga?, ¿mirar el lado bueno de las cosas? ¡Ni siquiera existo, joder! Tengo que encontrar a Nino, recuperar la pasta y desaparecer... en Mónaco. Pero ¿cómo coño voy a dar con él si estoy a dos velas?

Creía que mi vida ya era un auténtico naufragio, pero supongo que la cosa se ha puesto peor.

Me miro los ojos inyectados en sangre y suspiro. Venga, Alvie. Piensa: ¿qué haría Beyoncé? Nino está tan tranquilo por ahí con el Lamborghini y el maletín con el dinero. Sin embargo, yo soy Gloria Gaynor: soy una superviviente. Y me las pagará. Voy a vengarme, como Hamlet (pero en chica: ¿Hamleta? Uy, no, que suena a «paleta»). Daré con él y lo mataré, ya lo veréis. Ojalá no estuviera tan bueno...

Ando de puntillas por el salón como si hubiera cristales. Y la verdad es que la moqueta está llena de botellitas del minibar: Smirnoff, Glenfiddich, Jack Daniel's, Pimm's. Medio vacías, destapadas, tristes. Me echo al gaznate cincuenta mililitros de Bombay Sapphire; la única superviviente que hay en el frigorífico, porque anoche dejé el minibar seco antes de desmayarme. Para equilibrar el pH, como dicen. Quema como el aguarrás.

En una bandejita que hay junto a las tazas y los platillos hay una galleta de chocolate de cortesía. Un hervidor de agua cromado. Sobrecitos de infusiones Twinings. Me meto la galleta en la boca y al masticar parece que consigo aliviar el sabor amargo de la traición y endulzar el hedor cruel de la perfidia. «*Et tu, Brute?*» Es como si me hubiera apuñalado la espalda con mi propio puñal.

*Nino, oh, Nino,
voy a por ti. Nino,
oh, Nino, gusanino.*

Veo su fedora negro abandonado junto al sillón. Lo cojo y me lo pruebo. Marlboro Red, cuero, sexo; cierro los ojos y respiro su fragancia. Me acuerdo de la primera vez que lo vi en casa de Beth, la sensación de que el mundo

acababa de pararse. Nino conduciendo el monovolumen con mi hermana fiambre en el maletero y Metallica atornando por los altavoces. Sus antebrazos musculosos cubiertos de tinta. Su cuerpo desnudo. Los abdominales tallados en piedra. Una polla perfecta de treinta centímetros. Entonces arrugo el ceño y, no, no añoro a Nino. Sólo su polla.

Lo veo. Bueno, le veo la nuca mientras se larga a toda velocidad por Piccadilly en el coche de Ambrogio. Los faros posteriores del Lamborghini, rojos y relucientes. Joder, cómo me gustaba el coche. Que te follen, Nino; eres un ladrón miserable. Ese coche era el amor de mi vida.

«Si no esperas nada de nadie, nunca te decepcionarán.» Debería haber hecho caso a Sylvia Plath. Debería haberme metido a monja.

Me quito el sombrero y lo tiro al sofá, y de pronto huelo la fragancia de un ramo de rosas frescas que hay en un jarrón junto a la puerta. ¿Cómo han sobrevivido a mi desmadre nocturno? La destrucción y el saqueo han sido dignos de un vikingo. Estaba como Keith Moon o Keith Richards o cualquier otra estrella del rock de las que destrozan habitaciones de hotel. Un tifón, un tornado: huracán Alvie.

Voy a tardar una semana en recuperarme. Mataría por un poco de coca. O por un gramo de paracetamol.

Bueno, ya vale. ¿Dónde narices está el iPhone de Beth? Tiene que estar en alguna parte. Busco entre las cortinas de terciopelo escarlata que hay hechas un gurrúño junto a la pared. Candelabros, adornos de cristal y ejemplares de revistas de papel satinado esparcidos por todo el suelo. Al menos, no hay ningún pollo. Ni un tigre. O un bebé. Es

como si estuviera en el rodaje de la cuarta de *Resacón en Las Vegas*. Madre mía, ojalá fuera una película, porque así podría darle al botón de pausa o de rebobinar. Volvería al principio y estrangularía a esa cabrona en el útero.

Al final encuentro el móvil, que asoma por debajo de una alfombra. Lo cojo y abro la aplicación que bajé, la que hace un seguimiento del teléfono de Nino. Fue una idea magistral, Alvie. Uno de mis mejores trucos. Le cogí el móvil mientras estaba duchándose; acababa de usarlo, así que aún estaba desbloqueado. Instalé el software por si acaso y menos mal que lo hice. Ya sabía yo que no podía fiarme de él. Por algún motivo, me di cuenta de que era un mierda. Podría haber esperado toda la noche en el bar bebiendo vodka martini, pero ahora podré ver la ubicación de Nino siempre que él tenga cobertura. Lo compruebo. El último lugar en el que se registró a ese tontopolla es el aeropuerto de Heathrow. Pero de eso hace ya horas. Refresco una, dos, tres, cuatro veces. Nada. No funciona, joder. No detecta su GPS.

Pues muy bien, así está la cosa. Estoy jodida del todo. Jamás lo atraparé. La aplicación era mi única pista viable. Mando el hervidor de agua a la chimenea de una patada y lanzo la taza contra la puerta. Se agrieta y se parte en dos, como mi estúpido corazón. ¿Cómo narices voy a encontrar a Nino?

«Para que, con alas tan veloces como la fantasía o los pensamientos amorosos, vuele a la venganza.»

Le echo otro vistazo a la pantalla. A estas alturas ya podría estar volando; tal vez tenga el móvil en modo avión. Luego lo miro de nuevo. No pasa nada; relájate, nena. Que no cunda el pánico.

Hay ocho llamadas perdidas y un correo electrónico de mi madre a Beth. Abro el email y lo leo:

De: Mavis Knightly
MavisKnightly1954@yahoo.com
Para: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Fecha: 31 de agosto de 2015, 09.05
Asunto: ¿Dónde estás?

Elizabeth, cariño, ¿dónde demonios te has metido? Estoy desquiciada de tanta preocupación. Estoy en Taormina con tu hijo y con la niñera, pero nadie sabe nada. Esto está lleno de policías que preguntan por tu hermana. Al parecer, se ha liado una buena porque estuviera enterrada en un bosque. Les he contado lo que tú me dijiste por teléfono, que había sido un accidente, pero no sé si se lo han creído...

La semana pasada llamé a mi madre y le dije que Alvie había muerto. Que apenas sabía nadar y que se había caído en la piscina, borracha. No me dio la impresión de que la sorprendiese. Más bien parecía aliviada...

Pero bueno, cambiemos de tema. Siento mucho lo de Ambrogio. Qué inesperado, pobrecita mía. No me hago a la idea de cuánto debes de estar sufriendo. Era un marido maravilloso, el yerno perfecto. Tan rico y tan guapo y apuesto. Nunca olvidaré la imagen de su trasero mientras te esperaba para caminar hasta el altar. Le he dicho a la policía que es imposible que haya sido un suicidio. Un hom-

bre tan guapo y rico no se mata queriendo así como así. Les he enseñado una foto de vosotros dos en vuestra luna de miel; esa tan bonita en la que estáis los dos con un daiquiri y la puesta de sol. «Ambrogio Caruso —le he dicho al agente— estaba casado con mi hija Beth. ¿Se suicidaría usted si ella fuese su esposa?» Me ha dado la razón y ha admitido que eres muy especial. De hecho, hasta me ha dicho que has heredado la hermosura de mí. Y la verdad es que yo no se lo niego. Si hubiera visto a Alvin, tu padre, no le cabría la menor duda. Ay, qué manera de flirtear tienen los italianos, y agradezco el cambio. En Sídney, las señoras de cierta edad se vuelven invisibles. Pero yo todavía soy mujer y tengo necesidades. Agradezco que me hagan cumplidos. Me esfuerzo en cuidarme..., las exfoliaciones, la cera, las limpiezas de colon. Hay que intentar mantener un buen aspecto. Todavía me falta mucho para el arrastre.

Ven a verme, cariño. Tanto estrés me va muy mal para los nervios y ya estoy viendo que el cortisol me está fastidiando la terapia hormonal.

Con amor incondicional y muchos besos,

MAMI

P. D. He intentado llamarte al móvil, pero debe de haber algún problema tecnológico. Suena y suena y al final me salta el contestador. Llámame, angelito. Por favor.

Lo borro. Niego con la cabeza. Qué mujer tan increíble. Alguien llama a la puerta. ¿La policía?
—¿Quién es? —pregunto.
Me fijo en la ventana. Supongo que si hiciera falta, po-

dría salir por ahí. ¿En qué piso estamos? Ay, es el ático... Genial. Un plan fabuloso, Alvie. Estás en pelota picada en el centro de Londres y a plena luz del día. Nadie se dará cuenta de que hay una tipa corriendo en pelotas por el tejado.

—Disculpe, señora. La salida del hotel era a mediodía. A las doce.

—Vaya, no me diga. ¿Y qué hora es?

—La una y media.

Mierda.

—Enseguida bajo.

Tengo que desaparecer antes de que vean la suite. Nino y yo pagamos anoche (en metálico, con un buen fajo de euros), pero eso cubría la estancia, no la puta remodelación. Tendré que escaparme.

Sin embargo, no tengo nada que ponerme. El maldito Nino se largó con la maleta donde tenía la ropa. Y toda la pasta. ¿Qué piensa hacer con los vestidos de mi hermana? Gucci, Lanvin y Tom Ford. No creo que le queden bien, la verdad. Qué gracia... Quiero recuperarlos. Y el dibujo de Channing Tatum también. No me puedo creer que se lo haya llevado, no le hace falta para nada.

Cojo el vestido sucio de ayer (el Chanel negro de Beth) y entro en el baño a ducharme. Me meto bajo el chorro de agua caliente y canto *You Oughta Know* de Alanis a todo pulmón. Me pongo un turbante en la cabeza, un albornoz y salgo del baño. Enciendo un cigarrillo y doy vueltas por la habitación como un león en una jaula del zoo. Necesito pasta para ir a por Nino: billetes de avión, hoteles, vodka, etcétera. Pero mis tarjetas están al límite y no puedo usar las de Beth sin que se note. ¿Qué hago?

De pronto veo el centelleo del collar de diamantes que llevo colgando del cuello. Los pendientes de diamantes. El reloj Omega. Todavía tengo puestos los anillos de compromiso y de boda... La semana pasada, cuando estaba haciendo de mi hermana gemela, me fueron de fábula. Los engañé a casi todos. Pero supongo que ahora ya no los necesito.

Me pregunto cuánto me darían si los empeñase.

Eso es lo que voy a hacer. Ahora mismo. Me largo.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, bajar la escalera y salir corriendo a Mayfair, me detengo con la mano aún en el pomo y me quedo parada. ¿En qué coño estoy pensando? ¿Quién me he creído que soy? La pobrecita Alvie, que ni siquiera va armada, contra el monstruo feroz que es Nino. Es un veterano sicario de la mafia, lleva veinte años en el negocio. Dios sabrá a cuántos se ha cargado. Segurísimo que a muchos más que yo. Podrían ser cientos. O miles. Venga, ¿qué posibilidades tengo? Debo de haber perdido el norte.

Suelto el pomo y me derrumbo en el suelo.

Habría podido tenerlo todo.

Ha ido de muy poco. Joder, de poquísimo. El chalet, el coche, el yate, el niño, el cuadro renacentista de valor incalculable. La buena vida. *La dolce vita*. Los dos millones de euros no eran más que el comienzo, pero él me lo arrebató todo anoche cuando me dejó aquí. Se me llenan los ojos de lágrimas calientes que me corren por las mejillas. Parpadeo y parpadeo para enjugármelas.

¿Qué es ese olor? ¿Miss Dior Chérie? Qué raro, incluso después de ducharme huelo el perfume de mi hermana: dulce, empalagoso, pegajoso, sacarinoso. Debo de haberme puesto demasiado.

La voz de mi hermana me susurra algo al oído: «Me las pagarás».

¿Cómo? ¿Es Beth?

Abro los ojos y me incorporo. Miro a mi alrededor, pero la habitación está vacía. Aquí no hay nadie más que yo.

«Me mataste.»

—La verdad es que no: resbalaste. —¿De verdad tengo que escucharla?—. Ya no eres mi problema.

«Ja, ja. Ya verás, ya.»

—Pero ¿qué cojones...? ¿Me amenazas? Estás muerta, lo vi con mis propios ojos.

«Me vengaré.»

Me levanto y me apoyo en la pared con la cara cubierta de sudor frío y la respiración entrecortada. Enciendo todas las luces de la suite: las relucientes lámparas de araña doradas, la lámpara del escritorio, la de la mesita de café. Cojo un abrecartas de marfil.

«Me las vas a pagar —me dice—. Mataste a mi marido a sangre fría e hiciste que asesinaran a mi amante.»

Mierda, tiene razón. Todo eso es cierto. Supongo que por eso está tan enfadada.

—Vale, espera un momento —contesto, y el «puñal» me tiembla en la mano, igual que el hilillo de voz con el que he contestado.

«Sí, espero. No tengo adónde ir. Por si no te acuerdas, me has robado la vida.»

Suelta una carcajada cruel y sin humor, como el payaso de pesadilla de *It*. ¿De dónde cojones viene? Me planto en mitad de la habitación y giro trescientos sesenta grados. No está aquí, ¿verdad?

—En primer lugar, estás muerta. Más seca que un fiam-

bre, ¿te enteras? No eres más que una estúpida voz que se me ha metido en la cabeza. En segundo lugar, ¿qué vas a hacer? ¿Hablarme? Será aterrador.

Silencio. Nada. Ni una palabra. Ni una risa ni un suspiro ni un estornudo.

—¿Beth?

¿Adónde ha ido? Me acerco despacio al espejo.

—Beth, esto no tiene gracia. ¿Sigues aquí?

Me acerco todavía más y me miro los ojos. Estoy tan cerca que mi aliento empaña el cristal.

—¿Beth? ¡Beth! ¡BETH!

«Mía es la venganza, yo daré lo merecido.»

—¡Argh! Calla ya, hija de puta zombi.

Me derrumbo de nuevo en el suelo.

«Vas a dejar que Nino te pisotee igual que hizo Ambrogio. Te follan y se largan. Nunca consigues que se queden.»

—No, de eso nada. Yo no.

«Mírate, eres patética... Nunca te aclaras.»

—Voy a encontrar a Nino, aunque sea lo último que haga.

Me enderezo un poco más y me sorbo la nariz.

Me fijo en el ramo de rosas y veo que se ríen, que se mofan de mí, se burlan. Nino nunca me ha regalado flores; bien pensado, nadie lo ha hecho. Descubro un sobrecito escondido en el jarrón. Me levanto de un salto y lo cojo.

Dios mío... Son de parte de él.

¿Qué querrá? ¿Qué dice la nota?

Carissima Elisabetta:

Si me atrapas, trabajaremos juntos.

Y ya está. Ni un beso. Nada de «lo siento, cariño» ni de «amor mío, he cometido un error» o «quiero recuperarte» o «qué mala persona soy». ¿Si lo atrapo? ¿Cómo que «si»? Aquí no hay «si» que valga. Soy su némesis y voy a hacer mucho más que atraparlo. Ja, ja. Voy a asesinarlo en su puta cara. ¿Este tío va en serio? Qué condescendiente. Yo no necesito trabajar con él. Ese follacabras lo ha estropeado todo. ¿Cree que se lo dejaré pasar? ¿Que daré vueltas como un perrito y dejaré que me folle? ¿Que seré su felpudo? De eso nada.

Yo soy ALVINA KNIGHTLY.

Más le vale tenerme mucho miedo.

«¡Oh! ¡A partir de este instante, sean de sangre mis pensamientos, o no merezcan sino baldón!»

La venganza no debería hallar obstáculos.

Cojo las flores a puñados y las espinas de los tallos se me clavan, me arañan, me traspasan la piel, y brota la sangre. Tiro las rosas al suelo y vuelan pétalos por todas partes, se vierte agua y me sangra el pulgar. Salto una y otra vez con las sandalias de Prada de Beth, una y otra vez, hasta que las rosas ya no son más que pulpa.